

Notad ahora, dice Theophilacto, que de la semilla más exquisita de la palabra de Dios, tres partes se pierden por diversas razones, y que solamente la cuarta da su fruto; y eso porque tres cuartas partes del género humano son un terreno, ó sin roturar, ó pedregoso, ó lleno de espinos; una parte sola es el buen terreno; es decir, que para las tres cuartas, los hombres son, ó rebeldes, ó infieles, ó ingratos, y por consecuencia, se pierden; una sola parte es dócil, fiel y reconocida, y por consecuencia, se salva. Luego las disposiciones con que se escucha, las diversas maneras de recibir la palabra de Dios, explican el grande y terrible misterio del número mayor de réprobos, de los pocos elegidos. Y en efecto, segun se acoge ó se desprecia, se escucha ó se combate, se ama ó se aborrece, se honra ó se persigue, se descuida ó se hace fructificar la gracia de la divina palabra, el hombre es infiel ó cristiano, incrédulo ó creyente, hereje ó católico, pecador ó justo. En fin, la palabra de Dios es la gracia de las gracias, el medio de los medios, el misterio de los misterios, de donde depende la condenacion ó la salud del hombre (1).

Notad, en segundo lugar, que una semilla, segun la diversidad de los terrenos en que cae, llega á ser pisada, ó comida por las aves, ó seca por falta de humedad, ó ahogada por los espinos, ó fructifica en éste como treinta, allí como sesenta ó como ciento aquí. De lo cual resulta evidentemente que lo poco ó nada del fruto que produce muchas veces la predicacion evangélica, no proviene del defecto de los predicadores, sino de las diversas disposiciones de los oyentes. Porque, ya lo hemos dicho, la predicacion católica, de cualquier manera que sea tratada por el ministro de la Iglesia, es siempre la semilla celeste, la palabra de Dios. En tercer lugar, segun la doctrina de San Pablo, la predicacion evangélica es una especie de sacramento; y como la gracia de los sacramentos no depende de la santidad del ministro, tampoco la eficacia de la palabra divina depende del mérito ni del talento del que la anuncia.

Dios ha elegido el hombre para esclarecer, instruir, evangelizar, santificar á los hombres; pero no ha querido que la eficacia de los ministerios confiados al hombre dependa de la virtud del

(1) Tres sunt partes eorum qui pereunt, una eorum qui salvantur; ita multi sunt vocati, pauci vero electi. (*Theophil.*)

hombre; de otra manera los hombres habrian debido al hombre su santificacion y su salud. La eficacia de la palabra divina ha sido, pues, unida, no á la santidad del ministro, sino á la divinidad del ministerio; ha sido unida á la palabra del hombre, en tanto que habla en nombre de Jesucristo, ó más bien en tanto que Jesucristo habla en el hombre, en tanto que lo que dice el hombre es la palabra de Dios: *Semen est verbum Dei.*

En este ministerio el hombre no es nada, Dios es todo: «No es quien planta ni quien riega la planta, que es cualquier cosa; es quien la hace crecer, es Dios» (1). Hé ahí la diferencia que existe entre la elocuencia sagrada y la profana. Esta debe su poder al talento, á las cualidades, al arte del hombre: aquélla lo debe todo al Espíritu, á la gracia de Dios. Obtener el perdón de un acusado, ganar un pleito, hacer pasar una ley, una medida puramente política, hacer que todo un pueblo abrace el partido de una paz humillante ó de una guerra ruinosa, son triunfos que puede obtenerlos el orador político ó civil con sólo los resortes de la retórica. Pero elevar al hombre hasta los sentimientos que rehúsan la naturaleza corrompida, persuadirle á renunciar á sus vicios, á sus pasiones, á él mismo, hacer del pecador un santo, es un éxito que no puede obtenerse por un hombre con sus solos recursos y sus solos esfuerzos. El más gran orador no puede conseguirlo; y si lo consigue, aunque parece ser el hombre, es Dios quien ha operado el prodigio. *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat Deus.* El corazón de los hombres no está entre las manos del predicador, sino en las de Dios. Su conversion y la reforma de sus costumbres no depende de nuestra elocuencia, sino de la gracia divina. En vano hablamos si estamos solos, si Dios no habla en nosotros y con nosotros. Somos los instrumentos y no los actores, la ocasion y no la causa de las conversiones. Nuestros talentos, nuestros esfuerzos, nuestros sacrificios, no tienen por eso ninguna fuerza; despues de haber hecho todo lo que hemos podido, es nuestro deber confesar que somos servidores inútiles, y que no podemos hacer ninguna otra cosa.

Pero si nuestra habilidad, nuestras virtudes no pueden acrecentar en nada la eficacia de la palabra divina, nuestros defec-

(1) *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat Deus. (I, Cor., III.)*

tos, nuestros vicios no pueden debilitarla; lo mismo nuestra habilidad que nuestras virtudes, sin la gracia del ministerio, de nada sirven, así como nuestros defectos no pueden tampoco impedir el éxito. Cualquiera que sea el hombre que Dios haya empleado, ya sea Moisés ó Balaam, Pedro ó Júdas, Juan ó Caifás, Dios habla siempre por boca de su ministro legítimo; y por consecuencia, cualquiera que sea el ministro, depende de los oyentes hacer útil ó infructuoso el ministerio.

La palabra santa por sí misma es capaz de esclarecer todas las inteligencias, de subyugar todos los corazones, de destruir todos los vicios, de hacer abrazar todas las virtudes: «La semilla que fecundiza las almas es la palabra de Dios.» Si escuchada por todos no produce sus frutos más que en algunos, proviene de la naturaleza del terreno, es decir, de la falta de los oyentes, que sólo una parte de éstos es la buena tierra.

La palabra evangélica es la doctrina más noble en su origen, puesto que viene de Dios; es una doctrina de la más alta importancia, puesto que Dios se digna predicarla con nosotros; es una doctrina de la mayor estima, puesto que la predicamos en nombre de Dios; y por consecuencia, debe escucharse con humildad con atención, con amor. Debemos guardarnos de ir á escucharla por curiosidad, de recibirla con indiferencia.

Así como podemos tener una doble intención cuando vemos las pinturas y estatuas de los santos: una, edificarnos venerándolas por un sentimiento religioso, y la otra, el placer de admirar el arte, así también hay dos maneras de escuchar la palabra de Dios: la una, de los que vienen á oír á Dios que habla por boca del hombre, y la otra, de los que quieren únicamente saber cómo el hombre habla de Dios; la una, para recibir la instrucción divina, la otra, para admirar las gracias y los artificios de la elocuencia humana. Estos últimos no tienen oídos para oír; no vienen más que para repetir en seguida los más bellos pasajes, las frases, los rasgos más elocuentes, como se hace de una canción que se ha oído, de un aire musical que ha gustado en el teatro. Dios había hecho la observación de esto al profeta Ezequiel: «Escuchan los discursos, y no los ponen en práctica; los toman como cantos frívolos» (1).

(1) Audiunt sermones tuos, et non faciunt eos, quia in canticum oris sui vertunt illos. (Ez., xxxiii.)

La palabra divina, que alimenta el alma y la prepara á la vida eterna, no es ménos don de Dios que el alimento que nutre el cuerpo y sostiene la vida temporal. Por un puro efecto de la misericordia divina estamos nosotros en posesión de ese pan de vida y de inteligencia de que los judíos se hicieron indignos por su ingratitude.

Echemos una mirada sobre tantos pueblos sumidos aún en las tinieblas de la herejía, de la superstición, de la infidelidad; mientras que entre nosotros brilla la luz del Evangelio en todo su esplendor, allí no se oye una palabra salida de la boca del divino Maestro; mientras que entre nosotros, en los templos y en todas partes, resuenan las divinas lecciones, allí, bajo un cielo de bronce, sobre la tierra árida y seca, no germina un solo grano del trigo de los elegidos; mientras nosotros tenemos cuanto necesitamos en los graneros inagotables de la verdadera Iglesia, allí jamás se oye una conversación edificante, una sola palabra de Dios; mientras que casi á todas las horas del día tenemos nosotros predicaciones, exhortaciones y explicaciones de los misterios de Dios y de sus santas leyes, mientras que entre vosotros casi cada discípulo encuentra un maestro, allí pueblos enteros no tienen un solo apóstol, un solo predicador.

¿Qué hemos hecho para merecer tales ventajas? ¿Qué han hecho ellos para no obtenerlas? ¿Son nuestras virtudes ó sus crímenes lo que ha producido esa desigualdad tan grande? ¡Ah! ¡Es, Dios mío, vuestra sola condescendencia, vuestra sola misericordia, vuestra sola predilección por nosotros quien ha hecho ese discernimiento adorable! ¡Y por eso, compadeciendo la triste condición de tantos infieles, debemos continuar bendiciéndoos por nuestra suerte dichosa! Comprended, pues, cristianos, el precio de un favor divino tan manifiesto, de una gracia tan señalada; gocémosla para nuestro bien, á fin de que un día no se nos retire para nuestra condenación.

Escuchemos la palabra santa con respeto, y practiquémosla con fidelidad; porque los dichosos no son los que solamente la hayan escuchado, sino los que la conservan en su corazón con amor, la practican con sus obras: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

Quando los reyes de la tierra envían á sus ministros para anunciar sus voluntades á los pueblos, ¡con cuánto respeto se les aco-

ge, con cuánta atención se les escucha, con qué prontitud se les obedece! Entónces, ¡con cuánto mayor respeto debe acogerse, con cuánta mayor docilidad debe escucharse á los predicadores cristianos, que vienen á notificarnos las voluntades eternas del gran Monarca de los cielos!

SEGUNDO PUNTO. Así como los que no se curan las enfermedades del cuerpo suelen atribuirlo á impericia del médico y no á la malignidad de los humores, así tambien los pecadores que no se convierten, en lugar de culpar á la ceguedad voluntaria de su propio espíritu y á la dureza de su corazón, lo atribuyen á falta de celo, de santidad y de mérito del predicador. ¡Oh, dicen, qué cambio en nuestras iglesias! ¡Los predicadores de hoy no son los de otro tiempo! ¡Oh, si Dios resucitase á los Ambrosio, los Agustín, los Juan Crisóstomo, los León, los Gregorio, los Antonio de Padua, los Vicente Ferrer, los Javier, los Andres Avelino! ¡Cómo se vería la predicación evangélica, la divina semilla esparcida por tales manos, fecunda en conversiones maravillosas, fructificando centuplicadamente en el campo del Señor! Despues, volviéndose á nosotros, nos dicen: ¡Sed Nathan, y nosotros serémos penitentes como David! ¡Sed de los Esdras, y serémos fervientes israelitas! ¡Sed de los Jonás, y serémos Ninivitas convertidos!

¡Ah! Es demasiado verdad: no somos ni Apóstoles ni Profetas; no tenemos ni la santidad ni el celo de los hombres apostólicos. Pero tambien es verdad que semejante queja, semejante excusa en boca de los pecadores, de los mundanos, es injuriosa, hipócrita y absurda.

Es injusta, porque si hay malos predicadores, son la causa los mismos que de ello se quejan. Dios me libre de querer patrocinar una degeneración de la elocuencia sagrada que buscarse más bien los aplausos de un pueblo de admiradores, que los gemidos y la conversión de un pueblo penitente; que haciendo servir al deseo de agradar el grave ministerio que debe instruir, y empleando la palabra de verdad en mendigar la alabanza, halagasen los oídos y dejasen en paz las pasiones; que fuesen á perderse en frívolos conceptos, en períodos redondos, en expresiones rebuscadas, en artificios, en flores retóricas, en ornamentos profanos, obligando á la santa verdad á enrojarse como una mujer honesta que se viese engalanada con los vestidos inmodestos de una bailarina.

Pero al condenar esa elocuencia sacrilega y profanadora de la palabra de Dios, debe reconocerse que lo que la alienta, lo que la sostendría, sería el gusto depravado de nuestros cristianos modernos. Los predicadores que exponen los grandes misterios de la religión, que se levantan valerosamente contra el vicio, que afrontan las pasiones en cualquiera condición que las encuentren, y que las amenazan con la severidad de los juicios de Dios, con el horror de los divinos juicios, á esos predicadores, vosotros, nuevos Achab, les llamais profetas de desgracias: «¡No me profetizan más que el mal, nunca el bien!» (1).

Quereis una voz agradable, un elegante estilo, imágenes rientes, gran arte cuando se os habla de vuestros intereses eternos. Eso es más de histrion que de predicador, recuerda el teatro y hace olvidar la casa de Dios, lleva el espíritu al escenario y hace perder de vista el altar, tiene más gracia y ménos verdad, halaga más que reprende, acaricia más que censura, agrada más que instruye, es más indulgente, atrae un numeroso auditorio; porque siempre se ve á la multitud correr tras esos predicadores; se les escucha con más atención y se les preconiza con más entusiasmo. Pretendeis, en una palabra, que los predicadores de cuaresma sean una diversion, continuación de las del carnaval. Eso es lo que se veía en tiempo de Isaías: «No nos digais más que cosas que puedan agradarnos» (2).

¿Y cuál es la consecuencia de semejantes pretensiones? ¡Ay! Lo mismo que un mal pueblo no puede formar más que un mal soberano, un mal auditorio no puede formar más que un mal predicador. Los predicadores se aperciben de que no conmueven vuestro corazón, de que no hay medio de atraeros á la iglesia sino hablándoos un lenguaje medio profano, y olvidan fácilmente el lenguaje divino. Al ver que preferis discursos filosóficos á los preceptos de una probidad toda natural, os predicán la filosofía más bien que el Evangelio; y cambiando el santuario en academia, la cátedra sagrada en tribuna, os ofrecen disertaciones sábias en lugar de predicaciones. Vosotros, pues, los reducís á esa triste necesidad, les inspirais el estilo profano en que os hablan. Vosotros sois causa de que hagan una mezcla adúltera de la pa-

(1) Non prophetant mihi bonum, sed malum. (Reg., xxii.)

(2) Loquimini nobis placentiam. (Is., xxx.)

labra divina, haciéndola descender hasta el lenguaje del hombre. Sois, pues, injustos al deplorar que no haya hoy predicadores santamente celosos. Añadid en segundo lugar que esa queja es hipócrita.

No, no, no es verdad que deseéis sinceramente en los ministros de la divina palabra el celo, la doctrina y la santidad de los hombres apostólicos. Lo decís con la lengua; pero en el fondo de vuestro corazón teméis á esos predicadores.

Si se levantasen hoy hombres que á toda la erudición de los doctores reuniesen todas las virtudes, el celo y la libertad de los santos, estas cualidades os desagradarían más que los defectos de que los acusáis. Su celo irritaría la vanidad de vuestro amor propio; su lenguaje popular ofendería la delicadeza de vuestro gusto; su libertad haría estremecer vuestras pasiones; sus virtudes serían la materia de vuestras censuras. En general se busca al predicador que agrada, no al apóstol que convierte. En el teatro se exige la pintura y la expresión fiel de las pasiones, porque el teatro tiene por objeto halagarlas y encenderlas en los corazones; pero no se sufre eso en la cátedra que desenmascara las pasiones, que las humilla, que las condena.

Desgraciados de nosotros si, por ejemplo, elevamos nuestra voz contra la pasión del amor impuro, cuyo fuego consume todas las edades, extiende sus estragos en todas las condiciones, y á despecho del Cristianismo va siempre creciendo con una licencia espantosa, que es la perdición de las almas. Se tolera, se pretende, se exige que esa funesta pasión se represente en todos los teatros, se describa en todos los libros, sea objeto de todas las conversaciones, para fomentarla, justificarla, llevarla en triunfo; pero no se tolerará que el ministro de Dios hable de ella en la cátedra para condenarla. Entonces se dice que nuestros predicadores no respetan las conveniencias en el lugar santo, la inocencia del niño, el pudor de los oídos castos, y con un celo hipócrita se hace un crimen de la santa libertad evangélica de que San Pablo nos ha dado ejemplo.

Más desgraciados aún, si nos levantamos contra la dureza de los ricos, las opresiones, las injusticias de los grandes, los adulterios, las rapiñas que se cometen bajo el manto del poder, de la función, del nombre, de la dignidad. Una palabra escapada á nuestro celo contristado nos atrae las más severas censuras.

Éstos nos tratarán de imprudentes, aquéllos de fanáticos; otros pedirán reprimendas, muchos proscipciones y destierros; quién nos acusará de ultrajes á la decencia, quién de insultos á la autoridad; unos nos tratarán de insolentes, y otros de rebeldes.

¡Ah! Si tuviésemos, como pretendéis desear, el celo y el espíritu de los Profetas y los Apóstoles, no seríais hoy para con nosotros ni más tolerantes, ni más justos, ni más discretos que lo fueron los antiguos perseguidores de los Apóstoles y de los Profetas. Veríamos renovarse contra nosotros los conventículos de la corte de Sedecías contra Jeremías, los accesos de cólera de Darío contra Daniel, la intriga de Aman contra Mardoqueo, la injusticia de Jezabel contra Elías, el furor de Heródes contra Juan Bautista; la horrible, la sacrílega, la infernal oposición de los judíos contra Jesucristo. Todas vuestras pasiones se rebelarían contra nosotros, así como se han rebelado constantemente contra los Apóstoles, y nos haríais pagar nuestro celo con nuestra prisión y la pérdida de nuestra vida. Luego todas esas quejas sobre que no tenemos el espíritu de los verdaderos predicadores son quejas injustas, quejas hipócritas, y añadirémos quejas absurdas y sin motivo.

¿Con qué disposiciones se viene á oír la predicación? Cada uno se cree llegado á la perfección, é irreprochable en materia de moral y religión, de manera que cree que con respecto á esto nada tiene que recibir. Se va, pues, al sermón, los unos por curiosidad, los otros por costumbre; quién por ligereza ó por respeto humano, quién para criticar ó para admirar al orador. Muy pocos van para sacar el provecho espiritual y escuchar la palabra de Dios. La mayor parte no van como cristianos que creen, sino como censores que examinan, como jueces que deciden, como filósofos que desdeñan, como mundanos que buscan un pasatiempo. Si con tales disposiciones tuviésemos nosotros el espíritu de los Apóstoles y de los Profetas, no sacaríais ningún fruto de nuestras predicaciones.

¿No eran profetas Isaías, Jeremías, Elías y Juan Bautista? ¿No eran apóstoles Pedro, Pablo y Santiago? ¿Y qué precio recibieron por sus predicaciones á los hombres dominados por la lujuria y por el orgullo; qué precio de los hombres que no los escucharon sino con un espíritu de maligna curiosidad, soberbia ó indiferencia?

¡Ah! Ya os lo hemos dicho y no cesaremos de repetirlo : las virtudes del predicador no hacen las virtudes de un pueblo, sino las virtudes, las buenas disposiciones del pueblo son las que dan el éxito al predicador. Si fueseis lo que debéis ser, humildes, dóciles, ávidos de recoger la semilla de la divina palabra, vuestras disposiciones suplirían la habilidad que nos falta. La semilla divina, al caer en una buena tierra, daría frutos abundantes; pero mientras seais vanos, frívolos, disipados, orgullosos, corrompidos, endurecidos, determinados, obstinados contra todo lo que podría conmoveros, penetraros de compuncion y convertiros, la semilla divina, en un terreno tan miserable, tan seco, tan duro, tan lleno de abrojos, aunque fuese esparcida por la man y con el espíritu de los Apóstoles, no fructificaría jamás.

Hagamos, pues, por ir á oír los sermones con las disposiciones necesarias, de llevar un corazón dócil y lleno de sinceridad, un ardiente deseo y una afección verdaderamente piadosa. Hagamos por que la semilla divina caiga en buen terreno y bien preparado : *In terram bonam*. Sólo así será pronta la germinación y bueno el fruto. Para un alma sincera y fiel, no hay discurso inútil. Dios habla siempre para quien quiere escucharlo. El Espíritu Santo hará lo que el hombre no puede hacer ; dirá en secreto lo que el hombre no puede decir. El más mediano predicador será con tales oyentes un apóstol y un profeta, y entonces la santa predicación será para cada uno de nosotros una semilla que fructifica, una antorcha que ilumina, una doctrina que instruye realmente, un elemento que sostiene, una bebida que restaura, un bálsamo que da la salud, una llama que, destruyendo todo lazo profano, encenderá en nosotros el fuego del amor divino, y nos asegurará la beatitud prometida á los que escuchan con docilidad, conservan cuidadosamente y cumplen con fidelidad la palabra divina : *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud*.

VIGÉSIMA SÉTIMA HOMILÍA.

PARÁBOLA DE LA LEVADURA,

Ó LA GRACIA.

Quorum os locutum est vanitatem.... Beatum dixerunt populum cui hæc sunt. Beatus populus cujus Dominus Deus ejus. (Ps. cxliiii.)

Cuya boca habló vanidad.... Bienaventurado han llamado al pueblo que tiene estas cosas : bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por Dios.

Los partidarios del mundo son tan estúpidos en sus juicios, en sus máximas, en sus ideas, como corrompidos é injustos en su conducta. En efecto, ¿quiénes son esos que los mundanos admiran, envidian, sirven, respetan, alaban y honran? Los hombres rodeados de lujo, colmados de riquezas, entregados á los placeres ; los hombres elevados en dignidad, en poder ó en autoridad. Á éstos les llama el mundo seres privilegiados, favorecidos de la fortuna. Á su presencia el hombre del mundo siente en su corazón la envidia por la posición, un deseo importuno de sustituirle, de ser lo que el otro es á sus ojos. ¡Ah, dice, qué dichosos son éstos! ¡Hé ahí la felicidad! *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt!*

¡Pero, engañosos pensamientos! dice el Profeta. ¡Vanos aplausos! ¡Estúpida admiración! ¡Insensato lenguaje! *Os eorum locutum est vanitatem!* El hombre verdaderamente digno de envidia, verdaderamente afortunado, verdaderamente dichoso, es el que está en gracia de Dios, que pertenece á Dios, y cuya sola riqueza, cuya sola gloria es Dios : *Beatus populus cujus est Dominus Deus ejus*.